

Editorial

La crisis económica que caracteriza a la sociedad occidental desde 1973, aunque no se circunscribe exclusivamente a ella, tiene numerosas manifestaciones desordenadoras, desestabilizadoras, que afectan a todos los ámbitos de la organización social: económicos, políticos, sociales, culturales. Sin duda uno de los aspectos más dramáticos, quizá el más dramático de ellos, es el del incremento del paro. El sistema social expulsa de sus actividades productivas a un número considerable de sus miembros, al tiempo que se ve en graves dificultades para incorporar a quienes por primera vez intentan acceder a dichas actividades.

La crisis afecta desde múltiples perspectivas al sistema educativo. La inflación, las limitaciones del gasto público, recortan las posibilidades que en los optimistas 60 se atribuyeron a las reformas educativas que en dicha década se diseñaron e implantaron por doquier. Junto al paradigma de una creciente oferta e igualdad de oportunidades, dichas reformas pretendían cualificar cada vez más el trabajo y adaptar sus salidas a las necesidades de unas sociedades en acelerada transformación. Hoy, paradójicamente, los productos que se pensaron para ser más ajustados cualitativamente a dichas necesidades no encuentran la oportunidad de afrontar directamente la satisfacción de las mismas. El sistema educativo tiende a retener por un período más largo a un mayor número de estudiantes; pero no sólo porque se considere que ello es justo, y además beneficioso en tanto que inversión productiva, sino también, y de forma importante, porque ello contribuye a frenar la presión de la demanda de trabajo, o al menos a retardarla, en tanto lleguen coyunturas cíclicas más favorables.

El sistema educativo, no ya sólo el tradicional, sino considerado de una forma más amplia y hasta cierto punto iconoclasta del mismo, ofrece también —y sin embargo— en estas calendas de crisis posibilidades para la reconducción de la misma y para la formación y re-formación de quienes aspiran a entrar de nuevo en el ciclo productivo, y de quienes encontrándose en él lo están en sectores especialmente castigados, o aspiran a aprovechar ahora unas posibilidades de especialización de las que no gozaron antes de su incorporación al mismo. En este sentido el sistema educativo puede ser un arma frente a la crisis y un instrumento para salir de ella en unas condiciones distintas y mejores, «ceteris paribus».

La empresa, las organizaciones sindicales, los gobiernos, las organizaciones internacionales, son conscientes de estas posibilidades, y en unos casos con mayor audacia y en otros con medrosa timidez han instrumentalizado una serie

de políticas destinadas a obtener los objetivos antes señalados. En muchos casos se ha logrado además coordinar las actuaciones, aportaciones y competencias de aquellos distintos sujetos. Ayudas al empleo juvenil, alargamiento de las permanencias en el sistema educativo, reincorporación al mismo de forma total o parcial de elementos ya salidos del mismo, cambios en el tipo de formación, etc., son algunos de los campos en los que se han centrado estas actuaciones.

En aquellos países que ya han superado los problemas de una escolarización total y en buenas condiciones, es sin duda el problema del desempleo —y en especial del desempleo cualificado— uno de los que más agobia a las propias políticas educativas en sentido estricto. Se pide con insistencia reformar el tipo de educación, dirigir la demanda educativa hacia aquellos campos que la sociedad de forma inmediata demanda y restringirla y desmotivarla en función de las expectativas laborales previstas. Sin entrar en un debate a fondo de los problemas —absolutamente de todo tipo, incluidos éticos y morales— que estas cuestiones plantean, hay un general, aunque por ello demasiado ambiguo e impreciso, acuerdo en considerar que unos productos educativos no pueden generarse al margen del estadio de desarrollo y necesidades de la sociedad a la que van destinados.

Por ser un tema de rabiosa actualidad y para intentar contribuir a través de la información a la mejor toma de mejores medidas que sin duda todavía habrán de ser instrumentalizadas durante un período, incierto e indeterminado, pero no tan corto como los más optimistas proclaman, la REVISTA DE EDUCACION ha creído oportuno dedicar uno de sus números, no el primero ni tampoco con seguridad el último, a revisar esta problemática y las actuaciones distintas con que se está afrontando.